
MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: TEOLOGÍA BÍBLICA

30 LECCIONES

Ponente: Robert D. McCurley M.Div.



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiamos nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto John Knox de Educación Superior

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Reverendo Robert McCurley es el ministro del Evangelio en la Iglesia Presbiteriana de Greenville en Greenville, SC, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada). www.freechurchcontinuing.org

Módulo

TEOLOGÍA BÍBLICA

30 LECCIONES

ROBERT D. McCURLEY M.DIV.

21 CAPÍTULOS ANTIGUO TESTAMENTO · 9 CAPÍTULOS NUEVO TESTAMENTO

Lecturas del Antiguo Testamento:

1. Introducción
2. La Creación
3. La Caída
4. Noé
5. Abraham
6. Los Patriarcas I
7. Los Patriarcas II
8. El Éxodo
9. El Sinaí
10. El Tabernáculo
11. Los Sacrificios
12. El Sacerdocio
13. La Herencia
14. David
15. Los Salmos
16. Salomón
- 17. El Templo**
18. El Reino
19. Los Profetas
20. El Exilio
21. La Restauración

Lecturas del Nuevo Testamento:

22. La Encarnación
23. La Expiación
24. La Resurrección
25. El Pentecostés
26. La Iglesia
27. La Unión
28. La Solicitud
29. La Misión
30. La Gloria

Lección 17

EL TEMPLO

Tema de la Lectura:

Dios establece morada permanente con Su pueblo en la Tierra Prometida, representando así la venida de Cristo y su presencia con Su pueblo en el tiempo y la eternidad.

Texto:

“Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (Ap. 21:22–23).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 17

Cuando manejas cerca de una ciudad moderna, especialmente si es una ciudad grande, a menudo puedes ver a lo lejos los edificios altos que se elevan sobre el horizonte. Ahora, si vienes con ansias por ver algo o a alguien en esa ciudad, esa vista aumenta tus expectativas de llegar. Bueno, cuando los israelitas creyentes viajaban a Jerusalén para las fiestas, veían a Jerusalén desde la distancia, mientras se acercaban, edificada en un terreno elevado y con el templo situado en la parte superior. Pudieran haber visto el humo de los sacrificios elevándose hacia el cielo, y al acercarse, pudieran haber escuchado la música. Puedes imaginarlos cantando los Salmos de ascenso gradual mientras avanzaban hacia el símbolo del trono y la presencia de Dios entre su pueblo. El templo de Salomón era verdaderamente magnífico. A diferencia de la belleza de cualquier otra estructura arquitectónica, se encontraba en el pináculo del monte del templo, en el punto más alto en el centro de Jerusalén. El Señor designó el templo para que se cubriera con tanto oro que, al amanecer, brillara como un esplendor de fuego cegador que resplandecía como una pequeña esfera solar. Esa imagen decía mucho. ¿Por qué el tabernáculo fue reemplazado por el templo? ¿Cómo son similares y diferentes al mismo tiempo? ¿Cuál es la conexión entre el templo y el reino centrado en Jerusalén? ¿Por qué la santidad es un tema tan dominante en relación con el templo? ¿Cuál es la conexión entre Cristo y el templo? ¿Qué revela sobre el evangelio? Ahora que el templo ha sido erradicado, ¿cómo se relaciona con la iglesia del Nuevo Testamento y los cristianos contemporáneos? ¿Cuál es la conexión entre el templo y el cielo por venir?

El templo era la pieza central del Israel del Antiguo Testamento, su posesión preciada. El arca del pacto, el símbolo del trono de Dios, se alojaba en la sala interior del templo, el lugar santísimo. La vida entera de los creyentes del Antiguo Testamento, su horario, sus prioridades y afectos, estaban ligados a esta estructura sagrada. Mucho más tarde, en el Antiguo Testamento, durante el exilio babilónico, encontramos a Daniel todavía orando en una ventana abierta que mira hacia el este hacia Jerusalén. Notarás que él oraba durante las horas del sacrificio vespertino. Y bien, ¿cómo sabía eso? Ese era un sacrificio que no había visto durante 70 años mientras

estaba en Babilonia. Bueno, Daniel todavía estaba operando en el reloj de Dios, en el horario designado por Dios, y su mente todavía estaba centrada en las ceremonias del templo. Escucha el Salmo 137:5–6, escrito en el mismo momento: “Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciere a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría”. Podríamos dar muchos ejemplos como este. Piensa en Nehemías, que lloró con las noticias de la destrucción de Jerusalén y su preciado templo. Todo esto refuerza nuestra necesidad de entender la teología que Dios revela acerca de esta importante estructura dentro de la historia de Su redención. Por lo tanto, consideremos algunos de los puntos que podemos aprender.

En primer lugar, consideraremos el templo de Salomón. El tabernáculo, como recordarás, era una estructura móvil y temporal, que simboliza la presencia de Dios con Su pueblo. Fue útil para Israel mientras eran peregrinos en el desierto y durante los primeros años en Canaán. El templo, en contraste, fue una morada permanente. Una vez que David había capturado a Jerusalén y la había establecido como la capital del reino, deseaba que el trono de Dios, simbolizado en el arca, se uniera a su propio reino en Jerusalén. Todas las piezas fueron puestas en su lugar, y Dios llamó a Salomón para que lo llevara a buen término. En 1^{ra} Crónicas 28:9–10, leemos el encargo de David a Salomón, similar a lo que leíste en 1^{ra} Reyes 2:2, que mencionamos en la última lección, pero con esta adición; dice: “Mira, pues, ahora, que Jehová te ha elegido para que edifiques casa para el santuario; esfuérzate, y hazla”.

Uno de los mayores logros de Salomón fue la construcción del templo en Jerusalén, realizado por la fuerza de Dios y Su bendición. La gloria y el esplendor superaron todo lo visto antes o después. Leemos acerca del tabernáculo que fue llevado a Jerusalén y reemplazado por el templo en 1^{ra} Reyes 8. La traída del arca representó la entronización de Dios como Rey. El templo exhibía estabilidad, por así decirlo, y exaltación porque era una casa para el nombre de Dios. Dios dice: “Mi nombre estará allí”, en 1^{ra} Reyes 8:29. Pero Salomón reconoce que el cielo de los cielos no puede contener a Dios, y mucho menos la casa que él construyó. Era simplemente un símbolo. Retrataba las misericordias salvadoras de Dios y el perdón de los pecados. También sirvió como testimonio para evangelizar a las naciones. Leemos acerca del extraño no israelita que, al escuchar el gran nombre de Dios, da su alabanza hacia la casa de Dios. Luego, en 1^{ra} Reyes 8:43, dice, este es Salomón orando: “Tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y harás conforme a todo aquello por lo cual el extranjero hubiere clamado a ti, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman, como tu pueblo Israel, y entiendan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo edificué”.

Aunque el templo incluía una gran cantidad de diseños detallados y artísticos, aprendemos que la ley bíblica de adoración de Dios todavía se mantiene. No se dejó nada a la innovación humana. Fue recibido por prescripción divina. Leemos en 1^{ra} Crónicas 28 acerca de muchos de los detalles, así como de las riquezas que el templo conlleva, pero dice que David le dio a Salomón “el plano de todas las cosas que tenía en mente para los atrios de la casa de Jehová” (1^{ra} Crónicas 28:12). “Todas estas cosas, dijo David, me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño” (1^{ra} Crónicas 28:19). Todo fue designado por Dios mismo. Leemos en 1^{ra} Reyes, capítulos 6 al 8, que a Salomón le tomó siete años construir el templo. Fue un magnífico espectáculo de la belleza de la presencia de Dios. Dejaba sin aliento a todos los que lo veían, pero no duró para siempre. El templo fue destruido en el momento del exilio babilónico. Este juicio de Dios sobre los pecados de su pueblo les trajo devastación. Señaló que sus pecados impenitentes los habían separado de la presencia favorable de Dios. Pero la promesa de Dios no falló, como veremos en la lección sobre el regreso de Judá del exilio, pero las cosas nunca fueron lo mismo para Israel. Otro templo fue reconstruido, pero en una escala mucho más inferior. Cuando el pueblo vio el reemplazo menos glorioso, respondieron con una mezcla de alegría y tristeza. Esdras 3:12–13 dice: “Y muchos de los sacerdotes, de los levitas y de los jefes de casas paternas, ancianos que habían visto la casa primera, viendo echar los cimientos de esta casa, lloraban en alta voz, mientras muchos otros daban grandes gritos de alegría. Y no podía distinguir el pueblo el clamor de los gritos de alegría, de la voz del lloro; porque clamaba el pueblo con gran júbilo, y se oía el ruido hasta de lejos”.

En segundo lugar, tenemos que pensar en la teología del templo. Hay muchos paralelos obvios entre la teología del tabernáculo y el templo de Salomón. El propósito básico y los componentes individuales siguen siendo similares, aunque el templo era mucho más grande en escala y en gloria, no volveremos a enfocarnos en los puntos tratados en la lección anterior sobre el tabernáculo, aunque te alentaría a que revises y te refieras a los puntos relevantes a esta. En su lugar, dirigiré tu atención hacia algunos puntos de la teología que son distintos al templo.

En primer lugar, todo lo relacionado con el templo está impregnado de la idea de la santidad. Es un lugar santo que refleja la presencia de un Dios santo. El salmista da testimonio de esto en el Salmo 138:2: “Me postraré hacia tu santo templo, Y alabaré tu nombre por tu misericordia y tu fidelidad; Porque has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas”. La santidad del templo estaba conectada a la santidad del nombre de Dios. El templo era una casa para el Señor Dios. Leemos en 1^{ra} Reyes 9:3, y luego en el versículo 7: “Yo he santificado esta casa que tú has edificado, para poner mi nombre;...y esta casa que he santificado a mi nombre”. La teología de la santidad se destaca prominentemente. Esto explica, en parte, la limpieza del templo que Cristo hizo en los evangelios. Leemos en Juan 2:15, y en el versículo 17: “Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas;... entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume”. Cristo tuvo un celo santo por la gloria de Dios en su santa casa.

En segundo lugar, un texto muy importante para comprender la teología del templo se encuentra en la oración de dedicación de Salomón después de la finalización de la construcción. Esto se encuentra en 1^{ra} Reyes 8 y 2^{da} Crónicas 6. Más allá de todo lo demás, encontramos la revelación de Dios mismo. Debes notar los temas teológicos del pacto, la expiación, la intercesión, el perdón y el arrepentimiento y la recuperación de la desobediencia, todos encontrados en esa oración. Como vimos anteriormente, también se refiere a que Dios atrae a extraños no israelitas a comunión salvadora con Dios. Todos estos puntos podrían ser desarrollados. Esta revelación de Dios llevó a Salomón y al creyente del Antiguo Testamento a concluir, en las palabras de 1^{ra} Reyes 8:23: “Jehová Dios de Israel, no hay Dios como tú, ni arriba en los cielos ni abajo en la tierra, que guardas el pacto y la misericordia a tus siervos, los que andan delante de ti con todo su corazón”.

Además, dentro del templo encontramos un enorme, pesado y hermoso velo que separaba el santuario interior del lugar santísimo del resto del mundo. Era una cortina muy gruesa. Creó una imagen visible de la separación de la presencia inmediata de Dios y la necesidad de un sacrificio expiatorio ofrecido por un sacerdocio santo. Cuando Cristo murió en la cruz, ese velo se rasgó. Leemos en Marcos 15:37–38: “Mas Jesús, dando una gran voz, expiró. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo”. La expiación de Cristo otorgó un acceso abierto y directo a través de Su sangre a la presencia de Dios. Por eso leemos en Hebreos 10:19–22: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne”. Continúa: “acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura”.

El templo extendió la influencia de la sabiduría de Dios a las naciones. Las personas de las naciones vecinas se sintieron atraídas por Jerusalén, y esto les llevó a rendirle tributo a Salomón. Dios había prometido esta expansión en Génesis 15, y se convirtió en una realidad bajo Salomón, también mencionada en el Salmo 72. Dios reunió la riqueza de las naciones para construir Su propia casa Su y reino, así como cuando Israel saqueó a los egipcios anteriormente en el Éxodo. El reino de Dios y el desarrollo de esta redención es fundamental para el mundo y para la historia.

Si avanzas mentalmente al periodo del Nuevo Testamento, Dios levantó el Imperio Romano que construyó caminos que conducían a lugares distantes del mundo conocido en aquel momento. Esos caminos se usaron. Dios los había colocado justo a tiempo para que los apóstoles y los primeros cristianos llevaran el evangelio a todo el mundo gentil. Sirvieron para el avance del reino mayor de Cristo, un reino más grande que el Imperio Romano. Hoy en día, los misioneros tienen aviones que les permiten llevar el evangelio a lugares distantes en el mundo. Estás utilizando el internet para escuchar estas lecciones sobre teología bíblica, aunque estamos separados por muchas millas en países distintos. Dios hace que todo le sirva para Su plan, Su evangelio y la expansión de Su reino, y vemos todo eso en la época de Salomón, así como en los lugares en los que reúne los recursos para el establecimiento de Su reino.

Por último, con relación a este punto, el templo une el Edén, el jardín al principio de los tiempos, con el cielo al final de los tiempos. Notarás las imágenes del jardín entrelazadas en los detalles y el diseño del templo. Tanto el jardín como el templo eran lugares donde Dios manifestaba su presencia a su pueblo. Después de la caída, cuando el hombre fue expulsado de la presencia del Paraíso de Dios, el Señor abrió un camino de regreso por medio de Su provisión de sacrificio y redención. El tabernáculo anterior ejemplificaba esta promesa de pacto, pero se trata de una expresión más completa en el templo. En breve expondremos la conexión entre el templo

en el cielo. Y así, en tercer lugar, tenemos que pensar en el cumplimiento del templo en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento hace un uso extensivo de la teología del templo. Al igual que con el tabernáculo, el templo era un patrón y una sombra de realidades celestiales y eternas. Señalaba el cumplimiento en la gloria mayor que vendría bajo el nuevo pacto. Como hemos aprendido en las lecciones anteriores, estas ceremonias temporales del Antiguo Testamento fueron 87. Cuando Cristo vino, el templo y sus símbolos fueron abolidos, y quedó prohibido regresar a las representaciones. Ahora tenemos las realidades que el templo prefiguraba, entonces la pregunta es, ¿dónde encontramos las realidades del Nuevo Testamento que el templo del Antiguo Testamento simboliza? Y hay cuatro lugares en los que encontramos esto.

En primer lugar, Cristo. El templo prefiguró a Cristo mismo. Leemos en Juan 2:19–21: “Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo”. Ellos pensaron que se estaba refiriendo a la estructura física en Jerusalén, pero se refería a Sí mismo, a Su propio cuerpo. Ahora, ¿por qué Cristo se refiere a Sí mismo como el templo?

Piensa en eso por un momento. Piensa en lo que sabes sobre el templo, lo que simbolizaba, cuál era su propósito, cómo funcionaba en la vida del Israel del Antiguo Testamento. Si piensas por un momento, verás la respuesta. La respuesta se encuentra en Colosenses 2:9: “Porque en él”, que es Cristo, “habita corporalmente toda la plenitud de la deidad”. Cristo fue la encarnación perfecta y completa de la presencia de Dios en la tierra. Eso es lo que el templo simboliza: la presencia de Dios en medio de su pueblo. Pero llega a su máxima expresión en la encarnación de Cristo. La promesa del pacto de Dios de habitar entre su pueblo se cumple en la venida de Cristo.

El segundo lugar donde encontramos el cumplimiento del Nuevo Testamento es en la iglesia. La iglesia también se describe como un templo. Ahora, esto no debe ser una sorpresa porque Cristo mora en medio de Su Iglesia. Entonces, en Apocalipsis 1, se describe a Jesús caminando en medio de los candelabros, que simbolizaban las iglesias. Ahora, piensa conmigo: caminando en medio de los candelabros. Esa es la imagen del templo, el candelabro que se encuentra en el templo. Pero en Apocalipsis 1, se nos dice que los candeleros son un símbolo de las iglesias mismas. Así, Cristo se encuentra presente entre ellos. Es Cristo quien levanta la Iglesia. Recuerda Mateo 16:18: “Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. En otras palabras, somos la casa que Cristo está levantando. Hebreos 3:6 dice: “Pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza”. Él mismo sirve como la piedra angular principal prometida en el Salmo 118, y Su pueblo se fundamenta en Él y se erige como un templo en el Señor. La iglesia es la morada de Dios. Esto aparece en Efesios 2, al final de ese capítulo en los versículos 20–22. Dice, refiriéndose a la iglesia: “Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”.

Todas las piezas se encuentran en ese pasaje. Cada creyente tiene parte en esta casa. En las palabras de 1^{ra} Pedro 2:5: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual”. Cuando la iglesia se reúne para la adoración, la gloria es muy superior a la gloria terrenal del templo de Salomón, “porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). Nuestra adoración tiene lugar en la misma sala del trono del cielo. Nuestra gloria se encuentra en la presencia de Cristo por medio de Su Espíritu manifestado en medio de nosotros a través de las simples ordenanzas que nos ha dado, como predicar y leer, orar, cantar los Salmos y los sacramentos. Y así, el templo encuentra su cumplimiento en el Nuevo Testamento, en segundo lugar, en la iglesia.

La tercera área es el cristiano individual. El creyente individual también se describe como un templo. El templo era el lugar de la presencia y morada de Dios, como ya saben. El cristiano realmente experimenta esta realidad. Leemos en 1^{ra} Corintios 3:16: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” Y luego en 1^{ra} Corintios 6:19, ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”

Finalmente, vemos lo mismo en 2^{da} Corintios 6:16: ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”. Bueno, esto tiene implicaciones prácticas de largo alcance. Dios mismo habita en el

creyente. Pablo dice que, por lo tanto, las partes de nuestro cuerpo habitadas por el Espíritu deben emplearse como instrumentos de justicia en el servicio de Dios, no como instrumentos de injusticia (Romanos 6:13). Como notarás en 1^{ra} Corintios 6 y 2^{da} Corintios 6, que mencionamos hace un momento, esto debería resultar en una separación del pecado y del mundo; y más bien, debe traer santidad y consagración a Cristo.

La cuarta área en la que vemos el templo cumplido en el Nuevo Testamento es el cielo. Todo esto se une y culmina finalmente en el cielo mismo. El cielo es el cumplimiento final del templo como la morada de Dios donde Dios mora con su pueblo por toda la eternidad. Por eso no encontramos templo allí. Leemos en Apocalipsis 21:22–23: “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”. Al igual que en el templo del Antiguo Testamento, nada impuro entrará en el cielo, como vemos en el capítulo 21 versículo 27. El cielo es el lugar de la santidad de Dios. Entonces, el cielo es el cumplimiento final del templo. Allí vemos al pueblo del Señor morando en la presencia del Señor en perfecta pureza por toda la eternidad. Hay una realidad celestial que reemplaza a la sombra terrenal.

En conclusión, en la construcción del templo, Dios estableció un lugar de residencia permanente entre su pueblo en la tierra prometida, señalando así la venida de Cristo y su presencia con su pueblo en el tiempo y en la eternidad. Pero en la próxima lección, dirigiremos nuestra atención al período posterior a Salomón y a la tragedia de un reino dividido con una parte de Israel separada de Jerusalén y del templo, en última instancia, separada de Dios mismo.